

SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Hombres de Galilea, ¿qué hacen allí parados mirando al cielo? Ese mismo Jesús, que las ha dejadi para subir al cielo, volverá como la han visto marcharse. Aleluya

El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo, volverá como le habéis visto marcharse.

Esta afirmación de los Hechos de los apóstoles nos ofrece una síntesis profunda de la liturgia en la solemnidad de la Ascensión. Jesús sube al cielo con su cuerpo glorificado. Deja a los apóstoles una misión clara y comprometedora: Id y haced discípulos a todos los pueblos. Se trata de ir hasta los confines de la tierra para que resuene el pregón de Dios.

Se trata de anunciar sin descanso cuál es la altura, la anchura y la profundidad del amor de Dios, que se ha manifestado en Cristo Jesús.

El apóstol será pues el hombre del "amor más grande". El hombre consciente de que el Señor, que hoy asciende entre aclamaciones, volverá. ¡Volverá sin falta y lleno de Gloria!. Así pues, se trata en último término de comprender cuál es la esperanza a la que hemos sido llamados, comprender cuál es la herencia que Dios prepara a los que lo aman.

Esta solemnidad de la Ascensión es pues un momento magnífico para examinar nuestro peregrinar en la vida, considerar que el Señor volverá para tomarnos consigo y que, por lo tanto, hay que reemprender con entusiasmo nuestras tareas cotidianas recuperando en ellas el valor de eternidad.

Jesús resucitado es una grande esperanza para los apóstoles. Después de la experiencia traumática de la pasión, como hemos visto en los domingos precedentes, los apóstoles se encontraban desconcertados y atemorizados. Tenían temor de la actitud que tomarían los judíos en relación con ellos. No querían considerar su responsabilidad ante la misión que Cristo les había asignado. Todo este panorama empieza a cambiar cuando Cristo resucitado se hace presente entre los suyos y los confirma en su misión de testigos de la buena nueva del evangelio.

Paulatinamente aquellos hombres paralizados por sus propios pensamientos y temores, empiezan a abrirse a la esperanza, empiezan a cobrar valor y decisión. Antes se encontraban incrédulos y ponían en duda el testimonio de las mujeres sobre la resurrección, ahora se les ve fieles y entusiastas por Cristo; antes se les veía tímidos y apocados, ahora se les ve llenos de vigor y seguridad.

Es muy hermoso contemplar la actitud de estos hombres en sus encuentros con Cristo: a los discípulos de Emaús se les enardece el corazón y retornan presurosos sobre sus pasos para ser confirmados por los apóstoles y, a su vez, para proclamar la resurrección del Señor. Pedro se lanza al agua impaciente porque ha visto al Señor resucitado que lo espera en la orilla. María corre a anunciar a los apóstoles que el Señor ha resucitado.

Aquella nube que esconde el cuerpo de Cristo posee un profundo significado bíblico. En múltiples ocasiones en la Sagrada Escritura, la Gloria de Dios se manifiesta en forma de nube (Ex 16,10; 19,9 etc.). La nube fue la que se interpuso entre el campamento de los israelitas y el de los ejércitos egipcios que venían en su busca por el desierto.

Esa nube era la que defendía a Israel y la que indicaba el momento de alzar el campamento y reemprender la marcha. El texto del Éxodo es muy significativo: Yahveh iba al frente de ellos, de día en columna de nube para guiarlos por el camino, y

de noche en columna de fuego para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche.

No se apartó del pueblo ni la columna de nube por el día, ni la columna de fuego por la noche. (Ex 13, 21-22). Es pues, función de la nube "guiar" de día y "alumbrar" de noche. Pero es también la nube la que se aparece en el Sinaí y envuelve a Moisés con el misterio para recibir las tablas de la ley. La nube es símbolo de la cercanía de Dios: Dios está presente, se acerca y se deja sentir, pero al mismo Dios es trascendente, es santo, está por encima de los cielos.

La nube es revelación y misterio. Es revelación y ocultamiento. Es una verdad que se revela ocultándose y se oculta revelándose.

. El Señor subió a los cielos y se sienta a la derecha del padre. Cristo con su cuerpo glorificado en la resurrección sube al cielo y se sienta a la derecha del Padre. Para nosotros hombres esto puede tener dos significados:

Jesucristo está sentado a la derecha del Padre. "Por derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la divinidad, donde el que existía como Hijo de Dios antes de todos los siglos como Dios y consubstancial al Padre, está sentado corporalmente después de que se encarnó y de que su carne fue glorificada" (San Juan Damasceno, f.o. 4, 2; PG 94, 1104C).

En segundo lugar conviene subrayar que Él se encuentra en el cielo para interceder por nosotros. (Hb 9,24). Ésta es una noticia sumamente consoladora para el hombre que debe peregrinar sobre la tierra: tenemos en el cielo a Cristo glorificado que intercede por nosotros. Podemos tener confianza pues ante el trono de Dios. La consecuencia lógica de la exaltación de Cristo es la de ocupar nuestro tiempo sin tardanza, sabiendo que la gloria futura nos espera.

¿Qué puede significar para nosotros el "acelerar la venida del Reino de Dios?"

Significa que debemos rezar junto a María, como los apóstoles, para esperar la venida del Espíritu Santo.

En compañía de María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia. Debemos consagrar a Dios por manos de María toda nuestra actividad, nuestras penas y tristeza, nuestras alegrías y conquistas. Nunca jamás se ha escuchado que alguno no haya sido atendido al recurrir a María.

En segundo lugar, "acelerar la venida del Reino" significa despertar y avivar y dar cauce a todas las fuerzas espirituales y apostólicas que existen en nosotros. El Evangelio de Mateo que leemos este domingo es una invitación entusiasta a "predicar" a salir en busca de los hombres para anunciarles la buena nueva.